

Peregrinos venidos a Roma fundador del Opus Dei



REGINA CAELI □ El domingo 17 de mayo

La alegría de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas:

Ha llegado el momento de rezar la hermosa antifona del *Regina caeli*, que expresa de forma magnífica la alegría de la Madre del Señor por la resurrección de su Hijo y, con ella y en ella, la alegría de la Iglesia y de todos nosotros.

Hoy, de modo especial, la Iglesia se alegra con María al ver elevados al honor de los altares al beato Josemaría Escrivá de Balaguer y a la beata Josefina Bakhita.

La Iglesia se alegra por ambos, por el hecho de que se han encontrado hoy para esta beatificación en la plaza de San Pedro. Es un encuentro muy significativo para nosotros y para todo el mundo.

Este hermano nuestro y esta hermana nuestra en Cristo alimentaron constantemente su vida espiritual con una fervorosa y auténtica devoción a la Madre de Dios.

También en los últimos momentos de su vida terrena monseñor Escrivá dirigió una intensa mirada al cuadro de la Virgen de Guadalupe, que tenía en su habitación, para encomendarse a su intercesión maternal y pedirle que lo acompañara hacia el encuentro con Dios. De la misma forma, las últimas palabras de sor Bakhita fueron una invocación estática a la Virgen: «¡La Virgen! ¡La Virgen!», exclamó, mientras la sonrisa le iluminaba el rostro. Por eso, su encuentro hoy para esta beatificación en la plaza de San Pedro es tan significativo para la Iglesia.

También nosotros, a la luz de su ejemplo, estamos invitados a mirar e invocar a María, sobre todo en este mes consagrado a ella, en especial rezando el santo rosario. En esta oración la Virgen guía nuestra meditación hacia los principales misterios de la Redención. Así, pues, la fe de María ha de ser también la nuestra; y su alegría debe ser igualmente la nuestra.

Y como ella es «causa nostrae laetitiae», esforcémonos por ser también nosotros la alegría de María, a fin de alcanzar, con ella, la Reina del cielo, la patria bienaventurada.

La vocación cristiana como llamada a la santidad fue el núcleo de la vida espiritual y de la predicación de monseñor Escrivá

Mons. Álvaro DEL PORTILLO

Prelado del Opus Dei

El núcleo central del mensaje de mons. Josemaría Escrivá de Balaguer está constituido por la conciencia de la transformación radical que la gracia bautismal opera en el hombre: participe de la naturaleza divina, es hecho hijo de Dios y está llamado a la santidad. Una audacia que aparece admirablemente sintetizada en este punto de «Surco»: «Tenemos que amar a Dios no sólo con nuestro corazón, sino con el suyo» (n. 809). Una vigorosa recuperación de la raíz evangélica que señala la convergencia vital de las dimensiones esenciales de la vida cristiana: la Iglesia como lugar y fuente de comunión con Dios, el primado de la gracia, la centralidad de los sacramentos...

Pero esta conciencia de la vocación cristiana como llamada a la santidad fue no sólo el eje de su predicación, sino, sobre todo, el núcleo central de la vida espiritual del nuevo beato. Todos los que trataron a Josemaría Escrivá percibieron cómo su persona era inseparable de la misión para la que el Señor lo había elegido. El haber tenido durante cuarenta años un trato particularmente asiduo y profundo con él, refuerza en mi memoria esa dimensión característica de su fisonomía humana y espiritual. Le he visto siempre, por así decir, en su «acto primero» de fundador, es decir, en el acto de la edificación cotidiana y continua del Opus Dei y, por consiguiente, de la Iglesia, ya que no en vano afirmaba que la Obra existía sólo para servir a la Iglesia.

Esta identidad entre su ser personal y su actividad fundacional implicó que mons. Escrivá se perfeccionara como sujeto —hasta alcanzar en grado heroico todas las virtudes— en la medida en que realizaba el Opus Dei, en que experimentaba cada día la necesidad de secundar los designios de Dios. Con frecuencia venían a sus labios expresiones

como: «En "esto" me juego el alma». Así era la profundidad con la que sentía la propia responsabilidad de fundador y que le condujo a hacer el Opus Dei tal como Dios quería y como la Iglesia universal lo necesitaba.

No se borró nunca de su mente el tañido de las campanas de la Iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, que el 2 de octubre de 1928, día de la fundación del Opus Dei, sonaban festivamente en honor de su patrona a pocos centenas de metros de distancia. Aquel sonido formó en su corazón una grandiosa sinfonía junto con las numerosas gracias que el Señor le concedió para sostenerlo y guiarlo en la fundación. Entre ellas, quisiera recordar el episodio transcrito en sus «Apuntes íntimos» el 17 de agosto de 1931: «Llegó el momento de la consagración: en el momento de alzar la sagrada Hostia, sin perder el debido recogimiento, sin distraerme —acababa de hacer "in mente" el ofrecimiento al Amor misericordioso—, vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: "et si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum" (Jn 12, 32). Ordinariamente, ante lo sobrenatural, tengo miedo. Después viene el "ne timeas", soy yo. Y comprendí que serían los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a sí todas las cosas».

El texto evangélico asume un significado que va más allá de su sentido literal. Mientras en el evangelio esta expresión se refiere al género de muerte que el Señor debía padecer y a su futura resurrección, aquí se extiende al entero tejido de la historia de la humanidad redimida. Uniéndose a la muerte y a la resurrección de Jesús, el cristiano está llamado —como mons. Escrivá repitió hasta el último día de su vida— a «poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas»: del trabajo, de la

ciencia, del arte, de la cultura, de los esfuerzos humildes y brillantes con que los hombres transforman el mundo, contribuyendo al desarrollo de la sociedad y realizándose a sí mismos. Cristo debe ser nuevamente levantado, debe transformar desde dentro todos los trabajos que el hombre realiza. Y el cristiano, unido por la gracia del Espíritu Santo en comunión de vida con Cristo, santifica estos trabajos santificándose a sí mismo y al prójimo.

Esta enseñanza de las realidades temporales, como lugar de encuentro con Cristo y como medio de santificación, constituye un indudable enriquecimiento no sólo para la teología, sino también para la misma vida de la Iglesia, en la que la gran mayoría de sus miembros está llamada a santificarse tratando las realidades temporales según el espíritu de Cristo. La proclamación de la vocación universal a la santidad correría el riesgo de quedarse en una abstracción, si no fuera completada con la afirmación del valor santificante de todas las realidades terrenas, vividas en unión con Cristo. Todos los hombres, en la concreción de su obrar cotidiano, se ven así activamente implicados en el cumplimiento de la Redención.

Una visión grandiosa de la historia emerge en numerosos textos del fundador del Opus Dei: «Cristo, nuestro Señor, sigue empeñado en esta siembra de salvación de los hombres y de la creación entera, de este mundo nuestro, que es bueno, porque salió bueno de las manos de Dios. Fue la ofensa de Adán, el pecado de la soberbia humana, el que rompió la armonía divina de lo creado. Pero Dios Padre, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo unigénito, que —por obra del Espíritu Santo— tomó carne en María siempre Virgen, para restablecer la paz, para que, redimiendo al hombre del pecado, *adoptionem filiorum reciperemus* (Ga 4, 5), fuéramos constituidos hijos de Dios, ca-

paces de participar en la intimidad divina: para que así fuera concedido a este hombre nuevo, a esta nueva rama de los hijos de Dios, liberar el universo entero del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo, que las ha reconciliado con Dios» (*Es Cristo que pasa*, n. 183).

No nos encontramos ante una teoría, sino ante una visión que brota de la fe y que, como consecuencia, se refleja, precisamente en virtud del conocimiento de la santidad como horizonte de la llamada bautismal, no sólo sobre los grandes acontecimientos que configuran la civilización, sino también sobre la sencilla sucesión de las más humildes ocupaciones diarias. Este sólido realismo cristiano constituye uno de los puntos de apoyo de la predicación y de la vida de mons. Escrivá, como testimonio el capítulo de «Camino» titulado «Cosas pequeñas». El espíritu que da sentido a cada una de sus consideraciones adquiere relieve sólo a la luz de un amor que expresa la voluntariedad actual de servir a un Dios al que le interesan hasta nuestras acciones más insignificantes: «Hacedlo todo por amor. Así no hay cosas pequeñas: todo es grande. La perseverancia en las cosas pequeñas, por amor, es heroísmo» (n. 813).

Todo esto fue mensaje y vida de mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Por eso es fundador en el sentido más pleno: porque abrió un camino de vida espiritual y enseñó a recorrerlo. Como otras grandes figuras de la historia de la Iglesia, él tuvo de modo especial los dones correspondientes a la paternidad espiritual y, más radicalmente, a la fidelidad en el servicio a la voluntad divina, que tiene en la edificación de la Iglesia su única razón de ser. Testigos de esta fidelidad, todos los miembros del Opus Dei y millares de almas, levantan hoy con alegría el pensamiento al misterio de la Iglesia católica, a su unidad y variedad, a su fecunda perennidad «hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20).